

LA ECONOMÍA GALLEGA ANTE EL S. XXI

XOSÉ MANUEL BEIRAS TORRADO
Bloque Nacionalista Galego (BNG)

Recibido: 24 mayo 2000

Aceptado: 15 junio 2000

Hace ya unos años publiqué en *A Trabe de Ouro* lo que yo consideraba que debían de ser los criterios básicos de política económica para el país. Allí se presentaba un diagnóstico certero de la situación de la economía gallega, como paso previo e imprescindible para esbozar un programa de mínimos que le permitiera a un Gobierno gallego merecedor de tal nombre enderezar el rumbo de nuestra economía. Creo que aquel diagnóstico sigue estando completamente vigente, quizás más vigente que nunca, pues las alteraciones más destacables consistieron, precisamente, en la aceleración de los procesos de destrucción de las bases materiales de la economía gallega, que ya se percibían a la altura de 1993.

La economía gallega ante el siglo XXI. Nada más lejos de mi intención que pretender hacer predicciones a cien años vista, así que intentaré hacer una breve síntesis de los fenómenos acontecidos en los años más recientes, y un sucinto diagnóstico de la situación en la que la economía gallega llega al cambio de siglo.

En los últimos diez años, la base material de este país sufrió un retroceso neto en todos o en casi absolutamente todos los terrenos. Es más, sectores que todavía se mantenían relativamente a cubierto o al margen de la recesión, ahora reculan o caen bajo la amenaza de inminente descomposición o son absorbidos por el capital transnacional o simplemente forastero. Mientras se publicita una apariencia de autonomía política, se recrudece la colonización financiera de nuestra economía y se agrava la dependencia de nuestro tejido productivo con respecto a los centros de poder y decisión empresarial cada vez más distantes, ajenos e inmunes a los ámbitos competenciales de las instituciones políticas autonómicas: Parlamento y Xunta de Galicia se convierten así en una cáscara de huevo hueca por dentro en lo relativo a la dirección política de la economía del país.

Este país, que lleva soportado inmemorialmente y hasta nuestros propios días una expoliación indiscriminada de sus recursos actuales y potenciales, está padeciendo ahora el sistemático estrangulamiento o amputación traumática de sus miembros vitales, de los pocos sectores productivos que, contra viento y marea, los gallegos consiguieran desarrollar y convertir en fértiles especializaciones productivas a escala internacional, en sectores exportadores de creciente dimensión social, vitales para el entramado económico interno y motores insustituibles de un constante proceso de modernización socioeconómica del país. Llámese ganadería, agroindustria, energía, construcción naval, metalurgia férrea, pesca industrial, conserva, industria manufacturera, etc.

La participación de los sectores agrario, pesquero e industrial en el PIB gallego disminuyó seriamente: sólo aumentó la de los servicios y la de la construcción. Pero el campo, la pesca y la industria constituyen la verdadera economía productiva del país, y en ellos están los brazos productivos cruciales y estratégicos de la economía gallega para su desarrollo.

En diez años se perdieron más de 125.000 empleos netos y la tasa de paro aumentó en 6 puntos porcentuales. Otros 50.000 gallegos pasaron a engrosar las filas del paro, y eso pese a que la tasa de actividad cayó de modo aterrador en este decenio. Entretanto, la precarización del mercado de trabajo tiene su reflejo dramático en el crecimiento desmedido de la siniestralidad laboral, que bate records históricos a las puertas del siglo XXI: el año pasado se registraron más de 41.000 accidentes laborales, un 26% más que en 1990.

Muy lejos de los ratios característicos de los procesos de desarrollo económico, que tienden a convertir más de un 90% de la población ocupada en asalariada, en Galicia, en 1998, apenas el 66% de los ocupados eran asalariados, frente a una media estatal del 77%.

Se redujo la participación de los ingresos de los trabajadores en la renta nacional gallega. La renta agraria descendió cerca de un 20% en términos reales desde 1990, a la vez que la población ocupada en el campo disminuía en más de 150.000 personas. Esta destrucción del empleo agrario no fue compensada por crecimientos de la ocupación en otros sectores, ni por el desarrollo autocentrado de un modelo de complejo agrario alternativo.

En la pesca, mientras los marineros gallegos están siendo expulsados impunemente de los caladeros internacionales y la flota permanece amarrada en los puertos a la espera de que la Unión Europea se digne firmar un nuevo convenio con Marruecos, la Xunta subvenciona la reducción de la flota bajo la tapadera y la coartada de programas de modernización.

En infraestructuras el esperpento es total. Aún no están terminadas las autovías que eran para el 95, y en los tiempos de los AVEs Madrid-Sevilla, Madrid-Barcelona o Madrid-Valencia, el tren gallego circula a una media de 60 km/h, sin más tramo electrificado que el de Ourense-Vigo, sin doble vía ni siquiera en el corredor A Coruña-Vigo –uno de los más rentables de toda la red estatal–, sin “cercanías”, y sin interconexión con las principales instalaciones portuarias para tráfico de mercancías.

También en infraestructuras portuarias estamos bajo cero y perdemos un tiempo preciosísimo para aprovecharnos de nuestra privilegiada situación geográfica en Europa y en su fachada atlántica, por donde discurre una de las principales rutas del tráfico de mercancías a nivel mundial. Con cinco puertos de interés general, no tenemos ninguno incluido en la relación de puertos de referencia de la Unión Europea. En rigor, Galicia está ausente de la planificación de todas las redes europeas de transporte.

El panorama no es mejor en la enseñanza ni en la sanidad –a cada paso más privatizada– ni en el terreno de la cultura. Mientras regresan los jubilados gallegos de

la emigración a Europa y a América, montones de titulados universitarios emigran a la búsqueda de su primer empleo. El paro entre licenciados supone ya más del doble que el de los trabajadores sin estudios, y este fenómeno aún es más grave en el caso de las mujeres. Sólo una de cada cuatro tituladas superiores declara estar ocupada en la más reciente *Encuesta de población activa*, publicada por el INE.

Esta evolución constata un proceso de divergencia real respecto a los marcos estatal y comunitario en los que se encuentra insertada la economía gallega. Divergencia que, a estas alturas, ya casi nadie cuestiona, y que aleja a Galicia de los parámetros de bienestar que caracterizan a los Estados centrales de la UE, y que inspiran los deseos de una convergencia real que llene de sentido nuestra pertenencia a este ámbito institucional. Según los datos del propio Eurostat, Galicia es la única Comunidad Autónoma del Estado español que ha empeorado su posición relativa con respecto a la media de la UE-15 en términos de paridades de poder de compra en los últimos 20 años.

¿Estuvo el poder político gallego a la altura de las circunstancias? En absoluto. La década de los 90 fue, singularmente, un período de tiempo perdido para llevar a los centros de decisión estatales y europeos las demandas, las aspiraciones y las preocupaciones que se expresaban en el cuerpo social gallego. Los Gobiernos habidos en la Xunta de Galicia prefirieron adoptar una línea de menor resistencia frente a los poderes determinantes, y actuaron más como delegados de esos poderes que como representantes políticos de la sociedad gallega, encargados de vehicular sus aspiraciones y de hacer presentes los intereses en juego en ese proceso de construcción europea.

Esta actitud nos permite afirmar que las decisiones tomadas en la instancia política tuvieron resultados desfavorables en la economía en este período finisecular, localizando en la esfera de la política muchas de las causas de la actual situación económica. Es preciso, pues, llevar a la acción de gobierno la estrategia necesaria para normalizar nuestra estructura económica, es decir, la problemática cardinal que hasta ahora no fue resuelta y que constituye una patología endémica de economía periférica. Es necesario centrar la dinámica de la economía gallega en ella misma –cosa bien distinta de aislarla–; potenciar sus flujos internos, densificar su entramado productivo, acabar con la extravención de nuestro potencial de crecimiento, reinvertir dentro de ella su excedente económico, regular en función de eso los circuitos financieros, llevar la acción económica pública a aquellos centros nerviosos en los que el tejido empresarial privado esté ausente o mermado. Lo fundamental en un vehículo de locomoción es el diseño del motor. En la economía gallega, el motor interno ni siquiera hoy está diseñado a nivel macroeconómico. Es preciso diseñarlo, manufacturarlo y ponerlo a funcionar.

Es posible, es factible. Es lo que precisa la inmensa mayoría social del país. No sólo los labradores, no sólo los marineros, no sólo los trabajadores de la industria y de los servicios. Lo necesita también la totalidad del empresariado del propio país gallego.